

compartí el compromiso solidario de luchar contra el fascismo.

HANS HUTTER

Al entrar en España, los voluntarios dormíamos en un antiguo monasterio sobre paja. Algunos internacionales estaban borrachos. Yo me avergonzaba. Por la mañana los borrachos estaban de nuevo sobrios. Un comisario político francés sermonaba a sus paisanos y les decía a cada uno de ellos que no sólo estaban preparados para combatir sino que debían comportarse correctamente con el aspecto de los primeros valientes voluntarios o incluso mejor. Por esto, toda la columna marchaba tensa cantando hacia la estación. El pueblo cantaba también. Era emocionante como en Barcelona. A medida que se alejaba de Valencia el paisaje era más monótono. Su cuidada huerta que me recordaba a Blasco Ibáñez, se convertía en esa tierra rojiza que domina el campo español. Las colinas que sobresalían de los paisajes estaban desnudas como los montes de Aragón. Los campos, cosechados por completo, brillaban solitarios y áridos. El tren se acercaba lentamente hacia Albacete.

Los dos catalanes, Rafael y Fernando, como choferes, habían llegado atravesando distintos paisajes de España. Eran inteligentes y habían incrementado su escasa formación escolar leyendo. Durante el viaje habían contado toda clase de historias sobre las ciudades y familias, agricultura, industria y costumbres.

Llegamos a Albacete. Ésta era conocida en toda España por sus navajas, cuchillos y puñales. Anteriormente los cuchillos eran redondeados porque estaba prohibido fabricar y portar cuchillos afilados, ya que la población podía utilizarlos como arma.

El dormido Albacete se constituyó en campamento de las Brigadas Internacionales. Cada hotel, cada monasterio, cada plaza disponible estaba ocupada. Los nuevos fueron conducidos a la plaza de toros y repartidos en las distintas estancias. Nosotros, los oloter, emprendimos una vuelta por la ciudad. Algunas casas en ruinas reflejaban los bombardeos. Aunque entre las milicias no había habido demasiadas bajas, la población civil sí había sufrido muchas muertes.

Los niños jugaban en la calle. Yo les regalé chocolate y les pregunté donde estaban sus casas. Ellos se escondían en los agujeros. Una mujer escuálida, que sostenía un niño pequeño en sus brazos, me acompañó para subir las escaleras. Yo quería pedirle que me enseñara la "vivienda". Se oían las sirenas de alarma. La mujer apretó a su pequeño fuertemente contra su pecho y gritaba: "aviación". Los niños que estaban jugando desaparecían como ratas en los agujeros.

Debíamos dar cuenta de nuestra llegada en el cuartel ya que allí estaba nuestro alojamiento. El cuartel estaba repleto. El comandante se encogía de hombros porque todas las habitaciones estaban ocupadas. Tendríamos que instalarnos en cualquier parte. Por el cuartel destilaba el molesto hedor de los obstruidos y derramados retretes. El suelo y las escaleras estaban llenas de suciedad. Sobre el cuartel habían instalado algunos toneles para ser utilizados en casos de necesidad. Los toneles no se vaciaban y su contenido fluía por el exterior. El olor sobre el cuartel era todavía más desagradable que en su interior. Bandadas de moscas y mosquitos se establecieron sobre la basura